

## LAS BRUJAS LABORTANAS

Por ELIAS AMEZAGA

San Pablo pide a sus discípulos que se aparten de los nuevos doctores corrompidos, reprobadores de la fe. De la nueva fe, se entiende. Son épocas en que la religión cristiana va del lado de los perseguidos.

Constantino sancionándola públicamente la bautiza y da una parcela de poder. La vigilancia del dogma, este faro en la noche de tanta confusión, hecha en caridad por los Santos Padres, pasa a ser coactiva a medida que crece el poderío de la Iglesia.

Si la Inquisición o Santo Oficio es una institución particular suya, no así la represión; a muchas religiones y grupos sociales les falta comprensión para el que abandona, persiguen al que se les enfrenta. La desviación es múltiple y una de las más peligrosas la de brujería.

La gente relaciona brujería con sacrificio de niños, en consecuencia, con derrame de sangre. En los holocaustos que admiten los libros santos, la sangre de la víctima se esparce por el tabernáculo, volviéndose así propiciatoria a la Divinidad. Se ofrendan animales, alguna vez como en el caso de Isaac, un ser humano, pero esto no es corriente. La brujería sigue sacrificando, y ya que Dios lo prohíbe, en honor al espíritu del mal.

El brujo es un aprendiz de mago, un mago en tono menor; en la revuelta en que el grande sólo expone su prestigio él se juega su alma y su cuerpo. Se trata de incidir en las fuentes de la vida, en los misterios del mal, en los secretos más ocultos de la naturaleza. Probablemente, en el fondo, de vivir. A su aire, sin amenazas del más allá. De vivir a tope. De vivir libremente. Podría ser una iniciática a poderes sobrenaturales, la curandería de enfermedades, una adivinación de futuro o simple futurología, un deseo de prolongar la vida, una protesta contra poderes legales y fácticos que acogotan toda apertura a la fantasía, eso y mucho más. Al que Dios no colma podría llenarle el mundo representado en todo lo que se oponga al Inmortal.

Inicialmente aplíquensele dos orígenes: de una vertiente trans-

mitir por tradiciones orales las viejas creencias que la fe arrumbó, por otra, la social o pagana o progresista, hablando en términos de hoy, la afirmación tajante de que aquí no hay más de lo que se ve. Lo esotérico toma en serio el más allá y va a él libre y por su cuenta, pero lo más probable es que éstos progresistas se burlen de la fe por medio de tales farsas o ceremonias harto burdas para tomarlas en serio.

El pueblo vasco junto con el anglosajón fue uno de los más perseguidos por esta causa, recuérdese Zugarramurdi. Hoy voy a recordar a las brujas de Laburdi de 1609. Aquí la justicia de Burdeos no vino de motu propio sino llamada por acuerdo del Biltzar de Laburdi, y a la cabeza del Tribunal, Pierre de Lancre, consejero del Parlamento, inquisidor seglar, casado con una nieta de Montaigne, entusiasta del campo y de las buenas lecturas, mente lúcida como la de Don Quijote si no se le toca el tema brujeril. Como otros dos jueces de la época, Henry Bouguet y Nicot Remy autor de tratados demonológicos.

Este oriundo vasco no ama lo vasco, siéntese ajeno a su origen, resentido, cualquiera sabe por qué oscura razón. Léasele: «Aunque poblado, el País Vasco es fértil, sus habitantes prefieren a las faenas del campo, el incostante ejercicio del mar. ¿Y quién podría ignorar que el mar fue siempre el símbolo de la inconstancia, de la traición, de lo imprevisto?». Afirma, ¡oh fe a machamartillo! que los malos espíritus arrojados por los misioneros del Japón se refugiaron aquí. ¿Que por qué? «Malos agricultores y peores artesanos, los laburdinos no aman a su patria, ni a sus mujeres, ni a sus hijos, ni son franceses ni españoles...».

Me faltan datos para dar cauce a la idea de una persecución ordenada por motivos políticos, la operación parece secuela de las guerras religiosas y malas cosechas. Yo añadiría un componente social de los tiempos. El gran número de brujas y de edad da a entender que la emancipación nace de la mujer, de su necesidad de vivir la vida que no vivió en su juventud y de aquí el drogarse y el filtro que conduzca a la aparición.

La llegada de los togados atemoriza al País que huye en masa. Las declaraciones se suceden. En ellas las brujas doman los vientos, hundén las naves, y con la ayuda del Lucifugo multiplican la pesca. A los inquisidores llueven las denuncias, asambleas en bosques,

sobre tumbas en Ziburu y San Juan de Luz, un aquelarre en la playa de Hendaya ante 10.000 asistentes.

Lancre, como técnico superior va tomando nota de las nuevas observaciones. Pone en acción sus recursos jurídicos y conocimientos demonológicos y el resultado no se hace esperar. Decenas de «conejillos» humanos caen en la jaula. Tras de la delación hay que identificar al brujo. Ver esa marca invisible que el diablo imprime en sus elegidos. La lezna funciona aplicada por la mano del cirujano. En cuanto se descubre, el resto viene rodando. La tortura expedita la mente y el sospechoso confiesa y delata. Nueva búsqueda. Mirarle al fondo de la retina del ojo izquierdo donde aparece en miniatura la imagen del sapo. Aquí él solo o persona muy experta acabarán por descubrirlo. En algunos sitios se recaba el concurso de Dios. Arrójase al sospechoso al agua. ¿Que flota? Culpable. ¿Que se ahoga? Inocente. De donde se deduce que no hay salvación para él.

Fueron muchos a la hoguera e irían muchos más si los pescadores de Terranova no adelantaran el retorno. Surgen de improviso en San Juan de Luz al punto que se prepararan a castigar a un buen número de hechiceras. Hubo necesidad de poner el cuchillo al cuello de los jueces. En esta situación los reos gritan su inocencia, cómo confesaron por temor a la tortura, a que se represaliara a sus familias. Temblando de miedo la Comisión Soberana —así se titula el siniestro tribunal— da por válida esta declaración. En adelante los sicarios de la justicia se niegan a ejecutarla.

El último coletazo fue muy espectacular. Se dirigió al clero. Arguibel, un viejo párroco de Ascain desmemoriado firmó cuantas acusaciones le puso Lancre a la vista. La ceremonia de su degradación se celebró en la Iglesia del Espíritu Santo de Bayona. Luego fue paseado en harapos hasta la prisión. Al siguiente atardecer en la plaza de Ascain y frente a la iglesia que regentara se esparcieron sus cenizas. Otros dos sacerdotes, pero éstos proclamando su inocencia, fueron también ajusticiados. Los últimos. El obispo Bertrand de Echaud usaría de su influencia en la Corte de Enrique IV para exitar la condena de otros diez sacerdotes que yacían en prisión.

Lancre se detuvo. Volvieron los huidos pero el diablo no asomaría más la cabeza. La prueba del fuego fue demasiado cruel.